

Ese lienzo de conciencia y caída

Raquel Lanseros

He conocido muy pocos casos de vocación poética tan claros y rotundos como el de Miguel Ángel Velasco. Sentía por sus maestros poetas algo que iba mucho más allá de la admiración, para casi rozar una veneración sagrada. Miguel Ángel era poeta las veinticuatro horas del día, no sólo cuando leía y disfrutaba a los grandes poetas que lo deleitaban, no sólo cuando se entregaba en cuerpo y alma al feliz raptó de la inspiración, al don milagroso de poema. Su vida entera estaba puesta al servicio de la poesía, su mirada sobre el mundo poseía en su propia esencia una intencionalidad poética. Precisamente *La mirada sin dueño* –parafraseando a Claudio Rodríguez– fue el título que escogió para la antología que en 2008 reunió lo más granado de su obra, prologado y seleccionado por su buen amigo el también gran poeta Vicente Gallego, y que se publicó en la Colección *Antologías* de la Editorial Renacimiento. Miguel Ángel Velasco (Mallorca, 1963 – Mallorca 2010) era un ser de una sensibilidad tan extraordinaria como exquisitamente personal. Se enfrentaba al mundo con todos los sentidos completamente abiertos, ávidos de apurar el cáliz de la vida, desde sus mayores y transcendentales manifestaciones hasta la belleza de las cosas diminutas y cotidianas, sabedor –como lo fuera Neruda, otra de sus referencias capitales– de que, como si de un fenómeno fractal se tratase, la inmensidad del universo se reproduce a escala en cada uno de sus humildes fragmentos. Quienes tuvimos la fortuna de conocer a Miguel Ángel, dis-

Miguel Ángel Velasco: *Ánima de cañón*. Editorial Renacimiento, Sevilla, 2010.

frutamos de un alma pura y limpia en la eterna búsqueda de la intensidad. No había espanto que Velasco rehuyese, ni regocijo en el que no se sumergiese concupiscente, ni recoveco de los sótanos de la conciencia humana que escapase a su escrutinio limpio y audaz, exento de prejuicios. Era un ser humano en estado puro, con un incansable y honesto afán de sabiduría, que lejos de detenerse en los confines del mundo convencional y conocido, no vacilaba en explorar cualquier otra forma de conocimiento que la etnobotánica, el ácido lisérgico o cualquiera de los diversos venenos sagrados de este mundo pudieran proporcionarle. Su andadura poética comenzó muy pronto, a los diecisiete años, con *Sobre el silencio y otros llantos*, al cual seguirían otros libros tempranos. Ganador del prestigioso Premio Adonáis a los dieciocho años, por su libro *Las berlinas del sueño*, publicó asimismo títulos fundamentales en la historia de la poesía española contemporánea, como *La miel salvaje* (Visor, 2003), merecedor del Premio Loewe, al que siguieron *Fuego de rueda* (Visor, 2006) y *Minutario* (Tres Fronteras, 2008). El libro que ahora nos ocupa, *Ánima de cañón*, constituye su último poemario, publicado en la Editorial Renacimiento en 2010. Encontramos en él un poeta muy maduro, sobrecogedoramente puro, que, —como Juan Ramón Jiménez, otro de sus grandes maestros—, se ha ido despojando progresivamente de casi toda apoyatura narrativa para incurrir en el lirismo desnudo. Su mirada se diluye con el mundo exterior y paladea el misterio, apenas encontramos interferencias del sujeto que observa, tan sólo la música del cosmos que fluye a través de los versos del poeta, conocedor de la unidad de todos los seres y las cosas en este gran calidoscopio que es la existencia. *Ánima de cañón* comienza con un «Exordio» y se vertebra en tres partes diferenciadas cuyos títulos respectivos son «In vino veritas», «El cuerpo herido» y «El denario del sueño», para terminar con un significativo «Epílogo» titulado «Como materia extraña», en el que el poeta realiza una emocionante incursión en el dolor humano: «Entereza esperamos del sufriente, / dignidad, en el cepo. / (...) / Todo nos habla claro de cuán poco / le es dado soportar a la criatura / del dolor exigente de los otros / (...) / Infortunado el hombre, / que ni la carne de su carne alcanza / a exculparle en el paso del estrecho, / y todavía en vida / ya va sintiendo al solo, / al solo padre ajeno / como mate-

ria extraña». En esa misma línea de pensamiento rinde Velasco tributo a Rilke, que rehusó la morfina, en el poema «La agonía de Rilke»: «Helada admiración suscita el gesto / de no hurtarse a la lucha, la ardua Némesis / que a la balanza niega de los sueros / su medida de calma. / (...) / aquí ya voy pasando con el cáliz, / aquí ya me resumo con la espina». El verbo de Velasco brota del todopoderoso manantial del viejo milagro de la poesía auténtica. No existe atrevimiento que el poeta no encare cuando se trata de tensar los límites de los significados de las palabras, para quebrarlas y reinventarlas en una multiplicidad de denotaciones. Así en su poema «Levedad», encontramos un lenguaje tenue, sutil, de una transparente belleza conceptual: «Contigo eché a la mar / cenizas de mis muertos. / Fue contigo / el amor en la roca / caliente. / Desprenderse de raíz / desde la entraña un aguijón de sal. / (...) / Fue contigo / posar el duelo añejo; / la alianza de la luz y el roquedal; / ver el cuarzo que hace / astillado / el mar cuando recibe / la harina de los huesos». «En la tradición dionisiaca de antiguos grandes poetas como Omar Khayam, Velasco canta también al mediterráneo vino como símbolo de gozo, de la alegría de la existencia sensual, de la gratitud por la belleza del mundo»: «¿Para qué nos valía / saber que eran el mismo / Dioniso y el guardián del mundo bajo? / Les costó a los antiguos / acercarse el fuego del racimo. / Batallaron al vino / como al yugo y al mar: / tres medidas de agua, una del cuero. / (...) / Haya salud, hermanos. Bien sabéis / que no fui parco en aguijar la espuela / del licor de ordalía, y que al brindar / os miraba a los ojos».

En Miguel Ángel Velasco siempre se halla el más alto don de la musicalidad, como vehículo transmisor de hondo pensamiento que bebe de la tradición aunque ahonda sus raíces en el presente. Ningún matiz de la existencia humana escapa a la pluma resuelta, aunque misericordiosa del poeta. Encontramos en su poema «De lágrimas y de épica» un solemne llanto elegíaco por todos los naufragios acaecidos en la vasta historia del hombre, recordándonos de pronto la hondura de Lorca en su *Poeta en Nueva York* cuando anunciara que «el mar recordó de pronto los nombres de todos sus ahogados». «Un llanto hay que lo lloran los varones / con la nuez. Va en la nave, / la nave a todo trapo / de los locos, sollozo / crecido con los rápidos de Dios. / (...) / Llanto de a pie, solda-

do / a la armadura, que no serás nunca / el vino de los ángeles: / te comparten el padre / y el verdugo de Héctor / antes de que el hambre vuelva por sus fueros / a humillar los linajes». Miguel Ángel Velasco era muy consciente de que la poesía también constituye el único territorio donde el hombre tiene una posibilidad de retar a la muerte. «La granada del corazón», hondo y turbador poema en el cual el poeta retrata un caleidoscopio de la muerte, inquiere sobre la materia de nuestra existencia consciente y mira a los ojos a la torva Parca, adentrándose en el misterio de su helada guadaña: «Rubí de sangre, / nuestro albacea de la división / en incontables granos / del mismo oscuro fruto, / apenas una chispa comprimida / de un latido del tiempo, / (...) / ¿O queda, / un punto queda misericordioso / embebido de ti, vaso de ausencia, / soñándose semilla transparente, / espejo chico que se lleva preso / el rostro del amor, el fruto pleno?». Premonitorio o no, el corazón de Miguel Ángel Velasco era muy consciente del lugar desde el que cantaba, el profundo amor por el goce de vivir y la plena conciencia de la fragilidad de la carne. Palabra teñida de sabiduría y de belleza, hímica a veces, elegíaca otras, celebratoria siempre la de Miguel Ángel Velasco, sin duda uno de los mejores y más verdaderos poetas que ha dado el final del siglo veinte en las letras españolas. Todo un clásico ya, imprescindible e inmanente como lo fue su irrepetible mirada ©